

¿Cómo seguir?

Analía Gerbaudo

Universidad Nacional del Litoral / CONICET

<https://orcid.org/0000-0001-9969-8004>

1.

Resuena en estas páginas uno de los interrogantes desprendido del ensayo de Raúl Antelo publicado en este dossier. A partir de un caso (o más bien de dos), Antelo insinúa el problema de la circulación (o no) de una producción intelectual. Se trata de una cuestión que involucra, como en bucle extraño, a su propio trabajo leído como un “programa” (Link 199) al que Max Hidalgo Nácher le ha encontrado un nombre: “fricción crítica”, es decir, un ejercicio de des-coagulación del sentido (149) y de imaginación teórica que solicita (en el sentido derridiano de “hacer temblar”) la estabilidad de la cartografía disciplinar.

Resuena también un diálogo extraído de la recién estrenada película *Puan*. La escena incluye a una mujer que se interroga respecto del nombre dado a un encuentro de filósofos a celebrarse en Bolivia: “¿por qué dicen ‘pensamiento latinoamericano’ y no ‘filosofía latinoamericana?’”. Su interlocutor, profesor de filosofía en la Universidad de Buenos Aires, responde recitando la difundida cantinela: esto obedecería a la carencia de “tradición”. Al respecto, vale la pena detenerse en cómo nos veía a lxs latinoamericanxs unx de lxs autorxs de *La invención de la tradición*. En su autobiografía, Eric Hobsbawm retrató a lxs agentes del campo intelectual de estas latitudes a partir de imágenes de los sesenta reavivadas en el siglo XXI:

Como ocurre a menudo en el Tercer Mundo (del que los argentinos no se consideraban integrantes), formaban el estrato social menos numeroso del continente (...). Como eran muy pocos, se conocían unos a otros o habían oído hablar unos de otros. Fue así como desde mi primer viaje en 1962, pasando de contacto en contacto, pude orientarme enseñada, pese a ser extranjero, entre unas gentes cuyos nombres no signi-

ficaban nada en Europa, pero que resultaron ser figuras claves en la vida intelectual o pública de aquellas latitudes. (*Años* 337)

“Unas gentes cuyos nombres no significaban nada en Europa”, observó Hobsbawm, es decir, “no significaban nada” en ese espacio en el que, apenas unos años antes, Pascale Casanova había situado el “meridiano de Greenwich” (127-128; 227) del campo literario mundial.

Si en trabajos previos bosquejé explicaciones sociológicas para este estado de las cosas, en este retomo una que participa de la filosofía. Una que ayuda a entender por qué, por ejemplo, y para seguir con el “caso Antelo”, una producción que recibe los nombres de “acontecimiento extraordinario” (Klinger y Cámara 9) y de “teorización” (Domínguez 71) con “gesto filosófico” (Domínguez 71; Ludueña Romandini 205) que tanto “desde la literatura y la filología como desde la crítica y la política” logró “borrar los límites tradicionales que separaban a esas disciplinas” (Ludueña Romandini 205) a través de lecturas “a contrapelo” que procuran “arrebatar la tradición al conformismo de lo sabido” (Crespi 43), no sortea los perímetros siempre borrosos del campo regional (¿una supuesta flaqueza que podría devenir pura potencia?).

2.

Fue a propósito de los estudios literarios que Jacques Derrida revisó ciertos usos del rótulo “teoría” tomando algunos episodios de su inscripción en el espacio transnacional entre los que destacó, en especial, los motivos por diversas formas de “resistencia”. Se trata de peripecias que expresan tanto el rechazo sufrido por determinadas teorías como su aguante. Hay una comparación sin desperdicio dado el modo en que enreda los términos de la distinción previa: “resistencia de los materiales”, es decir, “eso que los arquitectos deben calcular prudentemente para evitar derrumbes” (*Some* 246). La analogía da a entender que, frente a los embates, lo que pudo eso que llamó, no “teoría” ni “Teoría” — diferencia trabajada en sus clases de los setenta (cfr. *Théorie*) — sino “espigón desconstruccionista” (*Some* 250), podría considerarse un indicador de su potencia.

Es hora de introducir algunos datos sobre el marco en el que Derrida expuso este discurso, en principio, para precisar a qué aludía con el insólito

término “espigón”. Fue en el marco del coloquio *The States of “Theory”* celebrado en la Universidad de California en 1987 donde presentó “Algunas constataciones y truisimos acerca de neologismos, neo-ísmos, post-ismos, parasitismos y otros pequeños sismos”, traducción al español de “*Some statements and Truisms about Neologisms, Newisms, Postisms, Parasitisms, and other Small Seisms*” firmada por Jorge Panesi. Un ensayo cuyo título, deliberadamente puesto en bastardillas, se dejó en inglés en esta versión a nuestra lengua como se había dejado en inglés en la compilación realizada bajo el cuidado de Thomas Dutoit y Philippe Romanski, *Derrida d’ici, Derrida de là*. Esta decisión tiene un correlato directo con lo que el ensayo plantea desde una escritura que actúa aquello mismo que describe: el dominio del inglés en la circulación internacional de las ideas (un factor entre otros, como se verá).

Esta conferencia publicada en un volumen que llevó el mismo título del encuentro, *The States of “Theory”*, aloja una performance no exenta de sarcasmo: Derrida simuló haber confundido, justamente, dicho título. Esos supuestos errores que consistieron en haber leído “Estado” en singular y en pasar por alto el entrecomillado de la palabra “teoría” fueron los puntapiés iniciales para explotar algunos de los derroteros semánticos que estos “malentendidos” habilitaban: ¿debería haber hablado del estado mundial de la teoría? ¿O más bien del Estado que la produce, es decir, del que contaba con instituciones como esa misma en la que expuso, con el poder de visibilizar y consagrar algo que se termina llamando “teoría” a escala internacional? (un movimiento que lo incluye: ¿acaso la expansión mundial de la desconstrucción no se desencadenó a partir de su recepción norteamericana? [Cfr. Cusset, Panesi]). En aquel escenario, Derrida resaltó la imposibilidad de trazar un mapa y una taxonomía estables de la teoría mientras observaba su carácter de producto estatal. No se trataba de una alusión a cualquier Estado sino a ese que le disputaba (y le disputa) a Francia la posición de polo central en el campo de las humanidades, en general, y de la filosofía y las letras, en particular (*Some* 223-225). Por otro lado, el Estado no juega solo. Su alusión a un enrevesado proceso de construcción geopolítica incluyó los vaivenes del mercado y de varios poderes, a saber: editorial, de lenguas e instituciones. Su intervención planteó la circulación del conocimiento en términos de “campo” y a este, como un espacio transido por diferentes “luchas”. Las representaciones del “estado” de la

“teoría” son parte de ellas (otro bucle reforzado desde la puesta en escena desplegada a partir del texto que nos queda):

Hay razones estructurales por las que esta tabulación estática y taxonómica resulta, en principio, imposible o limitada en su posibilidad. Una primera razón: el campo abierto y no verificado de este “estado general”, también es un campo de fuerzas. En sus fenómenos y en sus títulos corrientes se las puede llamar fuerzas pulsionales, político-institucionales, histórico-socio-económicas. Competencias de deseo y de poder, estas fuerzas siempre tienen sus representaciones, sus imágenes especulares, fenómenos de refracción y difracción, de reflexión y de apropiación de fuerzas distintas u opuestas, de identificación al otro o al adversario, etc. Tantas estructuras que dividen cada fuerza identificable, la des-identifican, la desvían en su misma proliferación. (225)

Durante aquella conferencia exageradamente parasitada por el inglés (parte de la actuación de sus conjeturas), Derrida afirmó que “en ese campo de fuerzas plurales en el que inclusive el recuento ya no es posible, solo hay espigones (*jetties*) teóricos” (225). Vale la pena retener cómo definió ese “cuasi-concepto” que “todavía no tiene ningún *status in the state of theory* ni *in the ‘states theory’ today*” (252). Una definición asentada en dos aserciones. La primera, reiterada machaconamente en todo su trabajo: “la imposibilidad de un metalenguaje” (235) tal como se había imaginado, por ejemplo, desde los estructuralismos (cfr. Lévi-Strauss). Situación que pone de manifiesto “el error de considerar que existe la ilusión de una teoría literaria unificada y estable, más allá de los específicos juegos institucionales e históricos y de las fronteras nacionales o culturales” (Panési 116). La segunda: la potencia heurística de cualquier concepto es solo uno de los factores que inciden en su reconocimiento como tal (lo mismo aplica para el reconocimiento de una teoría). En el borde de determinismos-no-deterministas que desalientan todo voluntarismo, se constata la importancia de las relaciones de fuerza entre lenguas, instituciones con visibilidad internacional, capital simbólico de países y de editoriales que ponen en circulación los resultados de investigación, redes de interacción y, finalmente, aportes al campo. Es desde esta doble problematización que Derrida atendió a lo no-cristalizado (todavía), a lo no etiquetado (todavía) bajo ningún rótulo de los estudios científicos, y llamó “espigón” a esa ocurrencia:

Con la palabra espigón (*jetty*), designaré la fuerza de un movimiento que no es todavía sujeto, proyecto u objeto, [*sujet, projet, objet*] o inclusive rechazo [*rejet*], pero

por el que acaece toda producción y toda determinación *subjetal, objetal o proyectal*, o de rechazo, y que encuentra en el *espigón* su posibilidad.

Cada espigón teórico, como su reapropiación en la forma de un conjunto teórico, de una teoría con sus axiomas, sus procedimientos metódicos, sus estructuras institucionales se compromete *a priori*, originariamente, en el conflicto y la competencia, pero no se trata solamente de un *antagonismo*, de un *enfrentamiento* o de una *confrontación*, es decir, de la oposición de dos espigones cada uno de los cuales afrontaría al otro con su propia identidad estabilizada. (*Some* 225)

Precisar cómo definió este “cuasi-concepto” contribuye a despejar su posición respecto de las teorías. Para ello es necesario caracterizar, al menos, cuatro movimientos entrelazados. Para empezar, su exposición de la dificultad que experimentaba para “usar seriamente las palabras de la tradición” (233) no es solo una reacción defensiva frente a las guerras contra la desconstrucción libradas en nombre de la teoría. De hecho, se trata de una asunción definida con consistencia desde sus comienzos y practicada cada vez que tuvo que ponerle nombre a las operaciones que le importaba destacar (eso lo llevó, por ejemplo, a acuñar neologismos como *différance*). No obstante, los ataques a la desconstrucción, lejos de amedrentarlo, reforzaron esta tendencia a intentar plantear los problemas en términos que fueran más allá de los estabilizados. Es oportuno transcribir el irónico pasaje que alude al persistente combate sostenido infructuosamente por John Searle contra eso que Derrida alojó en aquel momento bajo el extraño significante “espigón”. Su gesto no es de rechazo a la teoría sino de búsqueda de términos menos viciados que pudieran dar cuenta de eso que hacía:

Como es tarde y habría mucho para decir acerca de esta topología, supongamos que el espigón, un espigón *en* o *sin* su relación con el otro no existe. No consiste en nada, no tiene ningún “*status*”; *simplemente no ha tenido lugar*; ningún lugar que se le pueda asignar como propio. En este sentido, la desconstrucción no tiene ningún estatuto, ningún *estatuto* teórico. No hay para ella ni *manifiesto*, ni manifestación como tal. Aquellos que se encarnizan en su contra lo saben bien. En el Norte de California, en este mismo Estado, me dijeron que la semana pasada Searle, luego de haber expuesto sus perspectivas sobre la literatura, anunció a sus auditores que, luego de veinte años, la desconstrucción no existía, que consistía, luego de veinte años, en una bruma (“*mist*”) que todo lo ocultaba. No tenía ni consistencia ni existencia y, en cualquier caso, no duraría mucho tiempo. *Especially in the States*. (Derrida *Some* 251-252)

Este sintomático ataque por agentes cuyos principios (¿teóricos?) se sentían amenazados por los postulados derridianos le dio letra para volver sobre sus pasos. Derrida ratificó su reticencia a inscribir la desconstrucción como una crítica, una filosofía, una ciencia o una teoría:

Ni filosófico, ni científico, ni crítico (en el sentido de crítica literaria, pero también en el sentido kantiano, en ese sentido que la crítica supone juicio proposicional y decidibilidad), el espigón desconstructor no es teórico, resiste a la teoría en otro sentido. Desde el comienzo, y cada vez más, no ha concernido solamente al sentido y al contenido discursivo, la temática o la semántica de un discurso. Porque no se trata solamente de una lectura o de una interpretación, sino porque la desconstrucción del falogocentrismo se situaba en un punto en el que el aislamiento del contenido semántico (del significado por una parte, del significante por la otra, como se decía hace veinte años), del contenido temático y conceptual, era rigurosamente impracticable. Por eso la necesidad que tiene la desconstrucción de considerar los textos no como contenidos, tesis o temas discursivos sino siempre como estructuras institucionales y, como se dice comúnmente, político-jurídico-socio-históricas, en las que estas últimas palabras no podían ser lo suficientemente confiables como para utilizarse tranquilamente, y de allí su relativa rareza en los textos desconstructivos —llamados así— más prudentes. Lo que no significa para nada desinterés o retraimiento frente a estas cosas —la realidad, la historia, la sociedad, el derecho, la política—, y que, por añadidura, es totalmente consistente con el concepto de texto fundado en la desconstrucción del logocentrismo y no se reduce jamás al discurso o a al libro, o a lo que algunos todavía delimitan como lo textual queriéndolo distinguir u oponiéndolo a la realidad, a lo social, a lo histórico, etc. (...) Con un lenguaje anticuado se diría entonces que el espigón desconstructor no es esencialmente teórico ni tético ni temático porque es también ético-práctico. Pero con toda evidencia, y por razones demasiado evidentes, esta proposición reclama la vigilancia y las comillas más estrictas. Y por fin, el espigón desconstructor resiste afirmativamente a la teoría y, notoriamente, a la *teoría literaria* porque no es *regional*. No solamente no se detiene en el texto, en una estancia/estación temática o tética, sino que desconstruye primeramente —y era mi primera preocupación en *De la gramatología*— la estructura jerárquica que en la filosofía, bajo sus formas de metafísica general, de ontología fundamental, de crítica o de fenomenología trascendental, ordena toda una multiplicidad de referencias que remiten a una instancia fundamental o trascendental. El espigón desconstructor no se constituye ni en teoría regional (por ejemplo, de la literatura), ni como teoría de las teorías. Resiste activamente y afirmativamente a la teorización, a las estancias y estaciones teórico-tético-temáticas. Es por eso que se trata de una forma de resistencia. Y se articula, por otra parte, a un pensamiento de la *restancia*. (245-246)

No hay en sus planteos resistencia a la teorización sin más. Por el contrario, en su impulso por generar formulaciones por-venir (es decir, fuera de cálculo, insospechadas) solicitaba “las presuposiciones filosóficas de las teorías existentes o las teorías implícitas en los discursos que negaban la filosofía o la teoría”, es decir, “se trataba de exceder lo teórico más que de ponerle obstáculos y de tomar posiciones ‘*against theory*’” (246). Así es como recobró y expandió un “concepto” (imposible no escribir entre comillas esta palabra cuando se hace referencia a sus nociones) esbozado en los inicios de su proyecto gramatológico: “monstruosidad” (cfr. *De la grammatologie*), nombre elegido para referir a una emergencia que desbarata las identificaciones corrientes y que, por lo tanto, se tipifica como “monstruosa”. Recién en este punto, es decir, ya bien avanzado su texto, el filoso título se trae y se explicita:

¿Por qué mejor no interesarse en los *monstruos* “teóricos”? En las monstruosidades que al menos *se anuncian* en la teoría, En los monstruos que de antemano se invalidan y vuelven cómicas las clasificaciones o las cantilenas del tipo: después del *new criticism* viene el *such-ism, and then such post-ism, and then such ism and today such-ism*. (237)

Derrida recobró aquel constructo para elaborar una poco ortodoxa taxonomía entre “monstruosidad normal” y “monstruosidad monstruosa” (237). “No se anuncian los monstruos”, alertaba. Y seguía: “no se dice: aquí están nuestros monstruos” sin volverlos “animales domésticos” (238). Al margen (¿o no tanto?): ¿no es eso lo que sucede toda vez que escuchamos que alguien “va a deconstruir” tal o cual cosa o “deconstruyó” tal otra o que “se deconstruyó”? No me distraje: hilvano las razones de la insistencia derridiana en hablar de “efectos de desconstrucción” (expresión que atraviesa no solo este texto), es decir, de desbaratamientos provocados por impensables “monstruosidades monstruosas” que irrumpen sin pronóstico y sin aviso. Su obsesión por no reducir los movimientos siempre incalculables de desconstrucción a estrategias regidas por la intencionalidad y/o a procesos clausurados en un estado de las cosas ilusoriamente alcanzado (¿para siempre?) atravesó sus intervenciones:

Distinguiré entre las monstruosidades normales y las monstruosidades monstruosas que no se muestran jamás *como tales* (una monstruosidad no se muestra jamás). O bien, si ustedes prefieren, no se muestra, es decir, no se deja reconocer más que haciéndose reducir a lo reconocible, es decir, a una normalidad, una legitimidad que no tiene, por lo tanto no dejándose reconocer por lo que es: monstruosidad. La monstruosidad

tiene que ser desconocida. Solo puede reconocerse luego, cuando se ha convertido en normal o en la norma. (237)

Se reconoce la desconstrucción en su caracterización de las “monstruosidades monstruosas”, además que esclarece su resistencia a llamarla “teoría”:

¿Qué quiere decir esto para el dominio particular de la “teoría”? Y bien, por ejemplo: si hay acontecimientos “teóricos” que marcan a una institución —es por el momento una simple hipótesis— deben tener la forma sin forma de la monstruosidad, es decir, no poder ser reconocidos ni legitimados en ese momento, y todavía menos ser programados, anunciados o anticipados de alguna manera. (237)

Del mismo modo se reconoce como “monstruosidad normal” a la constelación de las críticas moldeadas sobre pautas convencionales y formas institucionalmente acogidas que batallaron contra lo que se llamó “post-estructuralismo”, corriente dentro de la que se incluía a la desconstrucción:

Una monstruosidad normal consiste en decir que todo lo que se pone en la palabra *post-estructuralismo* es formalista, estético, a-político, poco preocupado por la historia y por la realidad socioeconómica. Es una monstruosidad normal decir de un pensamiento que comenzó cuestionando el logocentrismo que se encierra en el lenguaje y en los juegos de lenguaje. Es una monstruosidad normal pensar que alcanza con salir de esos juegos de lenguajes para acceder por fin a la realidad, la historia, la sociedad, la política. Es una monstruosidad normal continuar oponiendo lo textual (según la noción que se ha venido elaborando en estos últimos veinte años) a lo político, a lo histórico, como si el texto fuera todavía el libro en el estante de la biblioteca. (237)

Finalmente, Derrida estableció una asociación entre la “monstruosidad monstruosa”, los “efectos de desconstrucción” y los “espigones desestabilizadores”:

Por comodidad me serviré nuevamente de la palabra “espigón” [*jetée*], distinguiendo la fuerza del movimiento *que arroja o se arroja* [*qui jette ou se jette*] —hacia adelante y hacia atrás al mismo tiempo— antes que todo sujeto, objeto, proyecto o rechazo, de su consolidación marmórea, institucional y protectora comparable al espigón que en los puertos se hace con el fin de romper las olas y mantener las aguas en calma para los barcos anclados o los bañistas. Naturalmente, estas dos funciones del espigón son idealmente diferentes pero, de hecho, difícilmente disociables, incluso indisociables.

Toda la dificultad en el análisis, todas las confusiones, todos los equívocos consisten no solamente en la dificultad de una distinción *efectiva* en el principio de los dos espigones [*jetées*], de los dos fenómenos del espigón, sino en el interés estratégico que puede tener, por todas partes y por razones diversas, en confundir o provocar una cierta solidaridad entre los dos. Por comodidad terminológica, y siempre refiriéndome al título del coloquio, llamaré al primer espigón, *desestabilizador* o, más artificialmente aún, *devastating*, y al otro, el estabilizador, *establishing*, o simplemente *stating*, en referencia al hecho suplementario de que en ese momento de *estasis*, de *stance*, el espigón estabilizador procede por proposición predicativa, tranquiliza por enunciados asertorios, por declaraciones, por *statements* del tipo esto es así, la desconstrucción es esto o aquello. (242-243)

Esta posición respecto de la teoría no era nueva: “una desconstrucción no puede ser ‘teórica’”, había aclarado durante una célebre entrevista de los años setenta (“Entre crochets” 35). Tampoco eran nuevos sus análisis agudos de los funcionamientos institucionales ni su incisivo modo de leer. *Théorie et pratique. Cours de l’ENS-Ulm 1975-1976* importa en esta serie como un texto más donde se despliegan sus operaciones típicas: su concentración en un corpus reducido a partir del cual escudriña, en este caso, cómo se inscriben las palabras “teoría” y “práctica”. Un problema que, como tal, no había sido elegido por Derrida sino propuesto como parte de los cursos de “agrégation” de la École Normale Supérieure destinados a graduados (cfr. García Düttmann 9). Esta publicación póstuma exhuma aquellas clases sobre este asunto.

En aquellas lecciones, Derrida justificó por qué no hay nada “simple” ni “evidente” alrededor de esta “pareja” de términos que suelen oponerse (*Théorie et pratique* 15) obviando su “semántica combinatoria” (16). Esa semántica “muy compleja” (16) que sacó a la luz a partir de una selección de textos de Marx, Althusser, Gramsci, Kant y Heidegger: “desconstruir la lógica oposicional (es decir, filosófica) a propósito de ‘teoría’ y ‘práctica’ sería además posible y necesario” (17), señalaba. Derrida se preguntaba respecto del “núcleo semántico común” (19) que habilitaba usos diversos de este binomio tanto en filosofía como en psicoanálisis, entre otros muchos campos a los que aludió no sin aclarar que en ese curso se centraría en un puñado de textos filosóficos. Más allá de su lectura de dichos textos, estas clases aportan más elementos para comprender por qué fue reticente a llamar “teoría” a la desconstrucción: así como esta “puesta en perspectiva

genealógico-semántica del par “teoría/práctica” (32) no dio ningún término por sentado, de igual modo llamó la atención sobre el carácter insuficiente del “contexto” (26) al que se suele recurrir para su elucidación mientras cuestionaba la posibilidad de un metalenguaje que pudiera discernir el carácter de los términos en cuestión (operación que, de cualquier modo, requería el análisis filológico-etimológico a sabiendas de que no se podría precipitar, a partir de él, una resolución del problema [60]: no estamos ante una “estructura intemporal” para la que resultaría suficiente “encontrar el origen para asir un continuum impasible”; por el contrario, la “historia interviene en esta marcha” [129], subrayaba; “siempre la historia, la gran medida de la deconstrucción”, como bien observara Jorge Panesi [125]).

“El hecho o el acto de plantear una pregunta [...] cuyo objeto parece teórico, ¿es un acto teórico?” (35), interrogaba. Un poco más adelante se referirá a una “imprevisibilidad estructural” de toda “iniciativa teórica” que no puede escapar de la “tirada de dados”: “de allí la necesidad o la fatalidad o el azar o la suerte (no se puede distinguir aquí), de allí la tirada de dados por la cual comienza siempre, en algún lugar, una iniciativa teórica” (37). Y como en un bucle extraño, un movimiento que comprende sus ejercicios: “Se puede estar seguro de que cada vez que se intenta desbordar la oposición ‘teoría/práctica’, se lo hace mediante un gesto que, a veces será análogo a una práctica, a veces a una teoría, a veces a las dos a la vez” (125). Importa señalar que su curso se cerró con una revisión sobre el estatuto del psicoanálisis: Derrida interrogó cómo se fundó ese “lenguaje práctico, un ‘performativo’, si ustedes quieren, que construye, que plantea e inaugura las condiciones de una práctica [...], las condiciones de posibilidad de la instauración de la técnica psicoanalítica” (168). El carácter desbordado de la oposición teoría/práctica comprende también a ese movimiento que había llamado “gramatología” y que, algunos años más adelante, en oscilación entre estos dos términos que lo habían ocupado durante todo aquel curso y sin optar por ninguno, llamará “pragmatología”.

Fue precisamente en 1982, en el marco de una conferencia pronunciada en la Washington School of Psychiatry, cuando se refirió a un tipo de escudriñamiento de los textos “al que llamaría, con cierta circunspección, pragmatológico, en la juntura de una pragmática y una gramatología” (“Mis chances” 419). Derrida no solo precisó allí qué entendía por ese modo de hacer cosas con palabras sino que retomó la cuestión de la fundación del

psicoanálisis para responder las preguntas que se planteara en sus clases de los años setenta. Su enunciado dibujó, aparentemente, otro bucle extraño ya que, mientras se expedía sobre el psicoanálisis, también parecía referirse a la desconstrucción:

Freud trabaja jugando con las topologías y los límites conceptuales de los discursos heredados, ya sean filosóficos o científicos. El recorte provisorio de un contexto explicativo —podría decirse de un campo del saber— supone cada vez algo así como lo performativo de una convención y de una ficción, así como el contrato que garantiza nuevos performativos. Freud reconoce que no cree en el valor substancial de estos límites y en el carácter definitivo de estos recortes. Pero teniendo en cuenta cierto estado del discurso, de los discursos y de varias ciencias a la vez, teniendo en cuenta la necesidad de constituir una teoría y una práctica, la asignación de estos límites se impone. (419)

También se despachó respecto de la pragmatología y su funcionamiento:

Esta pragmatología, abierta a otro pensamiento del envío, de los envíos, debería tener siempre en cuenta el estado de las marcas y, en particular, de los enunciados, del lugar de los destinadores y los destinatarios, del encuadre y del recorte sociohistórico, etc. Debería entonces tener en cuenta las problemáticas de lo aleatorio en todos los ámbitos en los que evoluciona. (419)

Ocho años después, la cuestión de la pragmatología, la relación entre teoría y práctica y el carácter de la desconstrucción retornó en ese texto en el que Derrida se pronunció no solo sobre la carga ética sino también política de las teorías (rótulo que evitó hacer caer sobre la propia): “un ‘deber teórico’ no es jamás puramente teórico” (“Postface” 249), advertirá en “Hacia una ética de la discusión” (texto en el que repasó algunas de las guerras libradas por la desconstrucción en más de un espacio institucional; estaba entonces muy fresco el “affaire” De Man [cfr. Delgado *et al.*]). Como en las clases dictadas entre 1975 y 1976, algunos motivos se repiten: a la “lógica oposicional” con su opción por el “todo o nada” anexó una “complicación suplementaria” que apeló a otra forma de pensar. Una que osara ir “más allá del concepto” y que construyera “otra forma de ‘teoría general’” o, más bien, “otra ‘lógica’ que tomara en cuenta la imposibilidad de cerrar una tal ‘teoría general’” (“Postface” 212). Esa otra lógica es la que imaginó desde una “pragmatología por-venir” que “articularía de la

manera más fecunda y más rigurosa” los “discursos” (274) de una pragmática y de una gramatología. Esa articulación que Derrida ensayó desde la escritura de sus lecturas y también desde sus definiciones: “la gramatología siempre ha sido una suerte de pragmática, pero la disciplina que hoy lleva ese nombre comporta demasiadas presuposiciones a desconstruir” (274). Su insistencia en los “efectos” es una constante en sus caracterizaciones de la etiqueta más expandida con que se ha rotulado su hacer: “la desconstrucción no existe pura, limpia e idéntica a sí misma en algún lugar, fuera de sus inscripciones en contextos conflictuales y diferenciados; ella no ‘es’ sino lo que hace” (261).

Si “Mis chances” y “Hacia una ética de la discusión” son legibles en serie, lo mismo cabe para “Carta a un amigo japonés”, *Moscú-ida y vuelta* y *Espectros de Marx*. Tres “monstruosidades monstruosas” impulsadas por la misma dificultad: traducir el término “desconstrucción”. Así como, en su carta a Toshihiko Izutsu, Derrida lo había incentivado a encontrar o inventar en japonés “otra palabra (la misma y otra) para decir la misma cosa (la misma y otra) para hablar de la desconstrucción y para arrastrarla hacia otra parte” (“Lettre” 393), del mismo modo avalará las ocurrencias de unos filósofos que en la agitada Rusia de los noventa habían traducido *déconstruction* como *perestroika* (*Spectres* 146; *Moscou* 70). Los motivos de la “herencia” entendida como apropiación y reinención (“A corazón”) ya aparecen aquí. Si en 1986 en un congreso organizado por el Programa de Lingüística de la Literatura de la Universidad de Strathclyde observaba que “la desconstrucción, si es que existe tal cosa, debería abrir puertas (...): es estratégicamente necesario volver a la biblioteca y leer de una forma distinta” (“Algunas preguntas” 267), esa lógica alternativa se configura como tal, justamente, por su atención al tipo de intervención que se requiere en cada contexto singular. “Más de una” es un giro reiterado para dar cuenta de esa diseminación de posibilidades, de esa apertura a lo por-venir que se clausuraría vía la estabilización en una “teoría” que se anunciara como tal, método y metalenguaje incluidos. Posición que dista de no reconocer “cierta marcha que se sigue” al andar (*La dissémination* 303). Posición que dista del rechazo a la teoría, como ratifica, por ejemplo, en ese pasaje de su auto-bio-grafía (otra “monstruosidad monstruosa”) en el que hizo lugar al elogio vanguardista de la dificultad y de la sofisticación: marcas de su modo de leer y de escribir. Ese que, más allá de sus declaraciones (e incluso, de sus prescripciones), derivó en un

programa-no-programático, un programa que encontró su inspiración en cierta selectiva literatura:

Me acuerdo de haberme acostado muy tarde tras un movimiento de cólera o de ironía contra una frase de Proust, elogiada en un libro de la colección 'Les Contemporains', y que dice: 'Una obra en la que hay teorías es como un objeto sobre el que se deja la señal del precio', y no encuentro nada más vulgar que ese decoro francobritánico, [...] el gesto de un buen gusto tan ingenuo como para creer que se puede borrar el trabajo de la teoría como si no existiera. [...] Confieso que escribo poniendo el precio, lo fijo. ("Circonfesión" 86)

Coda

Dicho esto, ¿seguiremos hablando de "teoría" recurriendo solo a lo que se ha estabilizado como tal en el campo internacional? ¿Seguiremos ignorando "espigones" como "posautonomía", "regionalismo-no-regionalista", "archifilología", "modernidad periférica", "literatura fantástica", "trabajo crítico", "imagen de escritor", "religación", "espacio autobiográfico", "posoccidentalismo", "operaciones", "guion conjetural", "umbral", "diario de escritor", "intrusión", "cuentos de guerra", "cuentos de escuela", "perspectivas sexogenéricas", "espacio proyectivo", "ficciones teóricas materialistas", "sujeto secundario", "cosmopolitismos marginal y/o periférico y limítrofe", "archivo (de escritor)", "pospopular", "baldío", "imaginación literaria territorial", "experiencia opaca", "moral de la forma", "otras literaturas", "traducción editorial" y "poética de la convocatoria" (entre otras)? El listado es deliberadamente incompleto porque, más que realizar un estado de la cuestión, me importa interrogar los criterios desde los cuales solemos construirlo desde estas latitudes. ¿De verdad nos creemos el cuento de que porque no tenemos "tradición" no reconocemos una filosofía y/o espigones producidos desde aquí? Me importa este asunto, no porque tenga la fantasía de incidir en el campo transnacional sino en el propio, contribuyendo a problematizar cómo lo definimos cada vez que reconocemos (o no) la potencia heurística de nuestro trabajo, ese que, en mayor medida, se escribe en una lengua semiperiférica (cfr. Heilbron), se publica en editoriales marginales para la consagración mundial (cfr. Sapiro) y se produce desde países e instituciones que, dado

su capital simbólico, tienen prácticamente nula incidencia en el espacio internacional de producción de las ideas. Sin embargo, esas producciones sí tienen efectos de campo en los espacios nacional y regional. ¿No es allí donde tendremos más chances de intervenir?

Bibliografía

- Cámara, Mario y Diana Klinger, coords. *Un guion de extimidad. Ensayos sobre la obra de Raúl Antelo*. Buenos Aires: Grumo, 2022.
- Casanova, Pascale. *La République mondiale des lettres*. París: Seuil, 1999.
- Cragolini, Mónica, comp. *Entre Nietzsche y Derrida*. Buenos Aires: La Cebra, 2013.
- Cusset, Francois. *French Theory. Foucault, Derrida, Deleuze & Cie et les mutations de la vie intellectuelle aux États-Unis*. París: La Découverte, 2003.
- Delgado, Verónica et al. *Un vocabulario de teoría*. La Plata-Santa Fe: UNLP-UNL (en prensa).
- Derrida, Jacques. *De la grammatologie*. París: Minuit, 1967.
- . *La dissémination*. París: Du Seuil, 1972.
- . “Lettre à un ami japonais”. *Psyché. Invention de l'autre*. París: Galilée, 1987. 387-393.
- . “Algunas preguntas y respuestas”. *La lingüística de la escritura. Debates entre lengua y literatura*. Madrid: Visor, 1989. 259-269.
- . “Postface. Vers une éthique de la discussion”. *Limited Inc*. París: Galilée, 1990. 199-285.
- . “Entre crochets (I)”. *Points de suspension. Entretiens*. París: Galilée, 1992 [1976]. 13-36.
- . *Spectres de Marx. L'État de la dette, le travail du deuil et la Nouvelle Internationale*. París: Galilée, 1993.
- . “Circonfesión”. *Jacques Derrida*. Geoffrey Benninton y Jacques Derrida. Madrid: Cátedra, 1994 [1991]. 25-318. Traducido por María Luisa Rodríguez Tapia.
- . *Moscou aller-retour*. París: L'aube, 1995.
- . “A corazón abierto”. *¡Palabra! Instantáneas filosóficas*. Madrid: Trotta, 2001. 13-48. Traducido por Cristina de Peretti y Paco Vidarte.
- . “Some statements and Truism about Neologisms, Newisms, Postisms, Parasitisms, and other Small Seisms”. *Derrida d'ici, Derrida de là*. París: Galilée, 2009[1987]. 223-252.
- . “Mis chances”. En *Psyché. Inventiones del otro*. Buenos Aires: La Cebra, 2017[1982]. 385-424. Traducido por Sol Gil.
- . *Théorie et pratique. Cours de l'ENS-Ulm 1975-1976*. París: Galilée, 2017.

- Domínguez, Nora. “Presentaciones, confesiones y entregas. A partir de Archifilologías y más allá”. *Un guion de extimidad. Ensayos sobre la obra de Raúl Antelo*. Buenos Aires: Grumo, 2022. 61-74.
- García Düttmann, Alexander. “Note du responsable de la publication”. En *Théorie et pratique. Cours de l’ENS-Ulm 1975-1976*. París: Galilée, 2017. 9-12.
- Heilbron, Johan. “Obtaining World Fame from the Periphery”. *Dutch Crossing*, 44. 2. (2020): 136–144.
- Hobsbawm, Eric. *Años interesantes. Una vida en el siglo XX*. Barcelona: Crítica, 2003[2002]. Traducido por Juan Rabasseda.
- Hobsbawm, Eric y Terence Ranger, eds. *La invención de la tradición*. Barcelona: Crítica, 2002[1983]. Traducido por Omar Rodríguez.
- Hidalgo Nácher, Max. “La fricción crítica: heterocronías y heterotopías en la mesa de montaje”. *Un guion de extimidad. Ensayos sobre la obra de Raúl Antelo*. Buenos Aires: Grumo, 2022. 131-160.
- Lévi-Straus, Claude. “Criterios científicos en las disciplinas sociales y humanas”. *Aproximación al estructuralismo*. Buenos Aires: Galerna, 1967. 53-89. Traducido por Mercedes Riani y Victoria Juliá.
- Link, Daniel. “Raúl Antelo, filólogo”. *Un guion de extimidad. Ensayos sobre la obra de Raúl Antelo*. Buenos Aires: Grumo, 2022. 179-203.
- Ludueña Romandini, Fabián. “Archifilología del Signo sagrado. El gesto filosófico de Raúl Antelo”. *Un guion de extimidad. Ensayos sobre la obra de Raúl Antelo*. Buenos Aires: Grumo, 2022. 205-226.
- Panesi, Jorge. “Diques, flujos y fronteras (episodios de la teoría literaria en el pensamiento de Jacques Derrida)”. *Entre Nietzsche y Derrida*. Ed. Mónica Cragnolini. Buenos Aires: La Cebra, 2013. 113–125.
- Sapiro, Gisèle. “What Factors Determine the International Circulation of Scholarly Books?”. En *The Social and Human Sciences in Global Power Relations*. Eds. Johan Heilbron et al. Londres: Palgrave Macmillan, 2018. 59–94.